

CLUB DEL MISTERIO

RAYMOND CHANDLER



EL LARGO ADIOS

— 17 —

Los muchos admiradores de Raymond Chandler se reencontran en este libro con un viejo y querido amigo: el detective privado Philip Marlowe.

El asesinato de una heredera joven y bonita, que es atribuido a su esposo, y en cuyo esclarecimiento toca intervenir a este moderno y simpático Galahad, da ocasión a Chandler para revelarnos toda una fabulosa galería. Escritores famosos y borrachos; las mujeres que los miman... y los engañan; los médicos que los curan... y les roban; los pomposos y violentos policías que no resuelven nada; en fin, toda una pintoresca tajada de humanidad que se dora al cálido sol del sur de California.

ORDEN DE APARICIÓN

de los personajes

PHILIP MARLOWE, el ameno narrador de la historia

TERRY LENNOX, un veterano dedicado a darse la buena vida

SYLVIA LENNOX, mujer de Terry y su mecenas

SEWELL ENDICOTT, un abogado de prestigio

LONNIE MORGAN, un periodista amigo de andar huroneando

CHICK AGOSTINO, un «pesado» de poca monta

HOWARD SPENCER, un editor de libros que se venden

EILEEN WADE, un ángel vestido por Christian Dior

GEORGE PETERS, un hombre cuyo oficio le permite saber muchas cosas

EARL, un muchachito más bien juguetero

EL DOCTOR VERRINGER, protector de Earl... y de varios más

ROGER WADE, un escritor de libros que se venden

LINDA LORING, la simpática hermanita de Sylvia

CANDY, el omnipresente mayordomo de Wade

1

La primera vez que posé mis ojos en Terry Lennox, éste estaba borracho, en un Rolls Royce Silver Wraith, frente a la terraza de The Dancers.

Junto a él había una muchacha. El rojo de su cabello era de un tono encantador; asomaba a sus labios una extraña sonrisa y sobre los hombros llevaba un visón azul que casi lograba que el Rolls Royce pareciera un auto cualquiera. No lo conseguía, sin embargo. Nada hay que pueda lograrlo.

El portero era de ese característico tipo de semimatón vestido con uniforme blanco sobre el que en letras rojas cosidas sobre el pecho se leía el nombre del restaurante. Estaba levantando presión.

–Oiga, señor –dijo subrayando las palabras–, ¿quiere usted tener la santísima amabilidad de meter la pierna dentro del coche, de modo que yo pueda cerrar la puerta? ¿O es que tendré que abrirla del todo de modo que usted pueda caerse al suelo?

Un coche extranjero tipo sport, de carrocería alargada y baja, sin capota, entró en la playa de estacionamiento y de él salió un hombre que encendió un largo cigarrillo con el encendedor del tablero del coche. Llevaba un pullover a cuadros, pantalones amarillos y botas de montar. Se alejó dejando tras él una estela de perfume y sin siquiera molestarse en mirar en dirección del Rolls Royce. Seguramente pensó que no sería elegante. Al llegar al pie de la escalinata que conducía a la terraza hizo una pausa para ajustarse el monóculo.

La muchacha, en un encantador estallido de espontaneidad, dijo: «Tengo una idea maravillosa, querido. ¿Por qué no llevas a guardar este cabriolet y sacas tu convertible? Es una noche tan maravillosa para un paseo por la costa, hasta Montecito. Conozco allí a unos amigos que han organizado un baile en torno a una pileta de natación».

El hombre, quien tenía la cara surcada por finas cicatrices, resultado sin duda de un buen trabajo de cirugía plástica y cuyos cabellos blancos contrastaban con su rostro juvenil, dijo Cortésmente: «Lo siento mucho, pero ya no lo tengo. Me vi obligado a venderlo». Por el tono de voz y la forma de articular las palabras podría haberse llegado de inmediato a la conclusión de que no había bebido nada más alcohólico que jugo de naranjas.

—¿Lo vendiste, querido? ¿Cómo es posible? —Y se apartó de él corriéndose sobre el asiento, pero la voz se alejó mucho más que ella.

—Tuve que hacerlo —dijo él—, para poder comer.

—Ah, comprendo.

Si sobre ella hubiera caído en ese momento un helado, no se habría derretido.

El portero tenía al joven de cabellos blancos en posición cómoda para hacerle frente... la de los ingresos escasos. «Oiga, amiguito —le dijo—, tengo que sacar un coche. Espero que en otra oportunidad podré atenderlo un poco más... tal vez».

Y dejó que la puerta se abriera de golpe. El borracho se deslizó rápidamente y fué a dar con el trasero sobre el piso de asfalto. De modo que yo intervine y puse mi granito de arena. Creo que siempre se comete un error cuando se interfiere con un borracho. Aun conociéndolo a uno y simpatizando, es capaz de saltar y darle en los dientes. Lo tomé por debajo de los brazos y lo levanté.

—Muchísimas gracias —dijo Cortésmente.

La muchacha se corrió hacia el volante. «Se vuelve tan inglés cuando está borracho –dijo ella con voz de acero inoxidable–. Gracias por haberlo levantado».

–Voy a ponerlo en el asiento de atrás –le dije.

–Lo siento mucho. Tengo un compromiso y se me hace tarde –apretó el embrague y el Rolls Royce comenzó a andar–. Es un caso perdido –agregó con fría sonrisa–. Tal vez pueda encontrarle usted una casa donde vivir. Está en bancarrota... más o menos.

Y el Rolls Royce franqueó la salida en dirección al Sunset Boulevard, giró hacia la derecha y desapareció. Me había quedado mirándola, cuando regresó el portero, y seguía sosteniendo al hombre que había quedado profundamente dormido.

–Linda manera de resolver el problema –le dije al del uniforme blanco.

–Ya lo creo –dijo él con cinismo–. Para qué perder el tiempo con un borracho. Con sus curvas y todo lo demás.

–¿Usted lo conoce?

–Oí que la dama lo llamaba Terry. Por lo demás no lo conozco ni por las tapas. Hace sólo dos semanas que estoy aquí.

–¿Quiere hacer el favor de traerme mi coche? –y le di el número.

Cuando volvió con mi Oldsmobile yo tenía la sensación de estar sosteniendo una bolsa llena de plomo. El tipo del uniforme blanco me ayudó a colocarlo en el asiento delantero. El cliente abrió un ojo, nos dió las gracias, y siguió durmiendo.

El del uniforme blanco me hizo una mueca.

–Está bien, amigo. Si por mí fuera, lo dejaría caer en la primera cloaca y seguiría viaje. Estos malditos borrachos no hacen más que crearle a uno dificultades, sin ventaja alguna. Tengo hecha mi filosofía sobre estas cosas. Tal como anda la competencia en nuestros días, la gente tiene que

reservar sus fuerzas para defenderse en los cuerpo a cuerpo.

–Veo que gracias a eso ha logrado usted mucho éxito –le dije.

Me miró intrigado y luego empezó a enojarse, pero yo ya estaba dentro del coche y en marcha.

Por supuesto que en parte tenía razón. Terry Lennox me acarreó abundantes problemas. Pero, después de todo, aquello estaba dentro de mi ocupación habitual.

Ese año yo vivía en una casa de la avenida Yucca, en el distrito Laurel Canyon. Estaba situada en una calle cerrada, que tenía una hilera de eucaliptos bordeando el camino; la casa era pequeña y una larga serie de escalones de pino colorado conducía a la puerta principal. La casa era amueblada y pertenecía a una mujer que se había ido a Idaho a vivir durante un tiempo con su hija viuda.

Me las arreglé como pude para transportar al borracho hasta arriba. Estaba ansioso por colaborar, pero sus piernas parecían de goma y se quedaba dormido en medio de una frase de disculpa o de justificación. Conseguí abrir la puerta con la llave, lo arrastré adentro y después de extenderlo sobre un largo sofá le eché encima una manta y dejé que siguiera durmiendo. Durante una hora roncó como un lirón y de pronto despertó y quiso ir al baño. Cuando volvió, me miró de soslayo en forma inquisitiva y quiso saber dónde demonios estaba. Se lo dije. Me contestó que su nombre era Terry Lennox, que vivía en un departamento en Westwood y que nadie lo esperaba. Su voz era clara y se expresaba correctamente.

Me dijo que le vendría bien una taza de café. Cuando se lo traje comenzó a sorberlo con cuidado, sosteniendo el plato muy cerca de la taza.

–¿Cómo vine a parar aquí? –preguntó, mirando a su alrededor.

–Usted salió medio borracho de The Dancers en un Rolls Royce. Su amiga lo dejó plantado, en la calle.

–Comprendo –contestó–. No hay duda de que estaba plenamente justificada al hacerlo.

–¿Usted es inglés?

–He vivido en Inglaterra, pero no nací allí. Si pudiera llamar un taxi me iría ahora mismo.

–Hay uno que lo está esperando.

Bajó las escaleras por sus propios medios. Durante el viaje a Westwood no habló mucho excepto que era muy amable de mi parte el acompañarlo y que lamentaba causarme esa molestia. Probablemente había dicho aquello con tanta frecuencia y a tanta gente, que sonaba como algo automático.

Su departamento era pequeño, encerrado y totalmente impersonal. Podría haberse pensado que acababa de mudarse esa tarde. Frente a un largo sofá en color verde fuerte había una mesa ratona encima de la cual se amontonaban una botella de whisky medio vacía, un recipiente con hielo derretido, tres botellitas de soda vacías, dos vasos y un cenicero de vidrio lleno de colillas con y sin huellas de rouge. En la habitación no había ninguna fotografía u otro artículo de carácter personal. Podía haber sido una de esas piezas de hotel que se alquilan para una reunión o una despedida, para tomar unas copas y charlar o para una cita de amor. No parecía un lugar donde viviera alguien.

Me ofreció tomar algo y yo le agradecí pero no acepté. Tampoco tomé asiento. Cuando me fuí me agradeció de nuevo pero en forma tal como si no considerara que yo hubiera escalado una montaña por él, pero tampoco como si se tratara de una cosa sin importancia alguna. Estuvo un poco vacilante y un poco tímido pero terriblemente cortés. Permaneció de pie al lado de la puerta abierta hasta que llegó el ascensor automático y entré en el mismo. Podía carecer de cualquier cosa, pero tenía modales.

Me dirigí a casa reflexionando sobre lo ocurrido. Creo ser un tipo fuerte, pero había algo en ese muchacho que me impresionó. No sabía qué era, a menos que se tratara del cabello blanco y las cicatrices en la cara y su voz clara y su cortesía. Tal vez aquello fuera razón suficiente. No había motivo para pensar que podría volver a verlo. Era simplemente un caso perdido, como había dicho la joven.

2

Volví a verlo una semana después del Día de Acción de Gracias. Me hallaba a tres cuadras del edificio de mi oficina cuando vi un coche policial estacionado en cuyo interior había dos policías que estaban contemplando algo que había en la acera, al lado de la ventana de un negocio. La cosa en cuestión era Terry Lennox —o lo que quedaba de él— y ese resto no tenía nada de atractivo.

Estaba apoyado contra el frente del negocio. Debía apoyarse contra algo. Tenía la camisa sucia y abierta en el cuello y asomando en parte por debajo del saco. No se había afeitado desde hacía cuatro o cinco días. Parecía consumido. Su tez estaba tan pálida que casi no se notaban las finas cicatrices que le surcaban el rostro y los ojos eran como cavidades horadadas en un banco de nieve. Era evidente que los dos policías se aprestaban a atraparlo, de modo que me acerqué a él rápidamente y lo tomé por el brazo.

—Enderécese y camine —le dije en tono firme mientras le hacía una guiñada de soslayo—. ¿Puede hacerlo? ¿Está borracho?

Me dirigió una mirada vaga y luego sonrió con esa media sonrisa suya.

—Estuve borracho —exhaló—, pero ahora creo que simplemente estoy un poco... vacío.

—Muy bien, pero mueva los pies. Está a punto de que lo lleven como borracho.

Hizo un esfuerzo y dejó que le hiciera atravesar la vereda entre medio de los paseantes hasta que llegamos al

borde de la acera. Había allí una parada de taxis y de un tirón traté de abrir la puerta del que estaba justo enfrente nuestro.

–Aquél sale primero –dijo el chófer señalando con el dedo el auto que estaba adelante. Volvió la cabeza y vió a Terry–. Es por turno.

–Se trata de un caso urgente. Mi amigo está enfermo.

–Sí –dijo el chófer–. Podría enfermarse en alguna otra parte.

–Cinco dólares –le dije– y a ver si me dirige una de sus hermosas sonrisas.

–Oh, está bien –contestó y puso detrás del espejo una revista con un marciano en la tapa. Abrí la puerta, metí a Terry Lennox adentro y en ese momento la sombra del coche patrullero bloqueó la ventanilla del otro lado del taxi. Un policía de cabellos grises salió del auto y se acercó. Di la vuelta alrededor del taxi y salí a su encuentro.

–Un momento, amigo. ¿Qué es lo que pasa aquí? ¿El caballero de la camisa sucia es realmente un amigo cercano suyo?

–Bastante cercano como para saber que necesita un amigo. No está borracho.

–Por razones financieras, sin duda –dijo el vigilante. Extendió la mano y yo le entregué mi licencia. La miró y me la devolvió.

–¿Cuál es el nombre de su amigo? –preguntó, mirando a Terry.

–Philip Marlowe –dijo Terry lentamente–. Vive en la avenida Yucca, en Laurel Canyon.

El policía apartó la cabeza de la ventana, se dió vuelta e hizo un gesto con la mano.

–Pudo habérselo dicho recién.

–Pude haberlo hecho, pero no lo hice.

Me miró fijamente durante uno o dos segundos.

–Por esta vez lo dejaré pasar, pero sáquelo de la calle.

Volvió a subir al coche patrullero y el auto se alejó.

Subí al taxi que nos llevó a tres cuadras de allí hasta la playa de estacionamiento donde tenía mi coche. Le entregué al chófer el billete de cinco dólares, pero el hombre me dirigió una mirada firme y sacudió la cabeza.

—Sólo lo que está marcado en el taxímetro, compañero, o simplemente un dólar si es que tiene ganas. Yo también he estado fuera de combate y sé lo que es eso.

Nos dirigimos a uno de esos lugares al aire libre donde sin bajar del coche se puede comer algún refrigerio. Terry Lennox comió un par de albóndigas bastante apetitosas y tomó una botella de cerveza. Luego lo llevé a mi casa. Le resultaba difícil todavía subir los escalones, pero haciendo muecas y jadeando realizó la ascensión. Una hora más tarde se había afeitado y bañado y parecía de nuevo un ser humano. Nos sentamos y yo preparé una bebida muy suave.

—Es una suerte que se haya acordado de mi nombre —le dije.

—Me propuse hacerlo y también averigüé dónde vivía. Era lo menos que podía hacer.

—¿Y entonces por qué no me hizo un llamado? Vivo aquí permanentemente y también tengo una oficina.

—¿Por qué habría de molestarlo?

—Me parece que usted tiene que molestar a alguien. Me parece que no tiene muchos amigos.

—¡Oh! Tengo amigos —dijo— de cierta clase. —Colocó el vaso encima de la mesa—. No es fácil pedir ayuda... especialmente si toda la culpa es de uno. —Me miró con una sonrisa cansada y agregó:

—Quizá pueda dejar la bebida uno de estos días. Todos dicen eso, ¿no es cierto?

Se dió vuelta y miró el reloj.

—En la estación de ómnibus de Hollywood he dejado una valija, que vale doscientos dólares, en el depósito de equipajes. Si pudiera rescatarla me compraría una más barata y empeñaría la otra con lo que podría conseguir dine-

ro suficiente como para llegar a Las Vegas en ómnibus. Allí puedo conseguir trabajo.

Yo no dije nada; simplemente hice un gesto afirmativo con la cabeza y seguí sentado con el vaso en la mano.

–Usted está pensando que esa idea se me pudo haber ocurrido un poco antes –dijo con tranquilidad.

–Pienso que detrás de todo esto hay algo que no me incumbe. ¿El trabajo es seguro o no es más que una esperanza?

–Es seguro. Un amigo que conocí muy bien en el ejército dirige allí un gran salón de baile, el Terrapin Club. Por supuesto, es medio chantajista, todos lo son, pero por lo demás es un excelente muchacho.

–Puedo hacerme cargo del pasaje de ómnibus y de algo más. Pero lo haré siempre que esto le proporcione algo que le dure por algún tiempo. Será mejor que lo llame por teléfono.

–Gracias, pero no es necesario. Randy Starr no dejará de ayudarme. Siempre lo ha hecho. Y puedo empeñar la valija por cincuenta dólares. Lo sé por experiencia.

–Oiga –le contesté–, le daré lo que necesita. No soy uno de esos infelices de corazón blando de modo que tome lo que le ofrecen y que le vaya bien. Quiero sacármelo de encima porque tengo una sensación especial desde que lo conocí.

–¡No me diga! –Miró el contenido del vaso y continuó sorbiendo–. Sólo nos hemos encontrado dos veces y en ambas oportunidades se ha portado conmigo como un hombre más que honorable. ¿Qué clase de sensación tiene?

–Siento que la próxima vez lo encontraré en dificultades peores, de las cuales no podré sacarlo. No sé por qué tengo esa sensación, pero sólo sé que la tengo, simplemente.

Con la punta de los dedos se tocó el lado derecho de la cara.

—Quizá sea por esto. Supongo que me hace parecer un poco siniestro. Pero es una herida honorable... o al menos el resultado de algo honorable.

—No se trata de eso. Eso no me molesta para nada. Soy detective privado. Usted constituye un problema que yo no tengo que resolver, pero el problema existe. Llámelo presentimiento. Si quiere ser cortés en extremo llámelo intuición. Quizá aquella joven no lo dejó plantado en The Dancers solamente porque estaba borracho. Tal vez tuviera también una sensación especial.

Terry sonrió débilmente.

—En una época estuve casado con ella. Se llama Sylvia Lennox. Me casé por su dinero.

Me puse de pie y lo miré frunciendo el ceño.

—Le prepararé unos huevos revueltos; necesita alimentarse.

—Espere un minuto, Marlowe. Usted se preguntará por qué si estoy en las últimas y Sylvia tiene tanto dinero no le he pedido algunos dólares. ¿Conoce la palabra orgullo?

—Eso es terriblemente divertido, Lennox.

—¿Le parece? Mi orgullo es algo diferente de lo que usted piensa. Es el orgullo de un hombre a quien no le queda otra cosa. Siento mucho si lo estoy aburriendo.

Me dirigí a la cocina y preparé huevos revueltos con tocino canadiense, tostadas y café. Comimos en la antecocina, donde acostumbro a tomar mis desayunos, en un pequeño rincón construido al efecto. La casa pertenecía a una época en la que siempre se reservaba un lugar para el desayuno.

Le dije que tenía que ir a la oficina y que a mi regreso recogería la valija. Me dió la contraseña. Su rostro había recobrado un poco de color y los ojos no parecían hundidos en las profundidades de la cabeza.

Antes de salir coloqué la botella de whisky sobre la mesa, frente al sofá.

–Use su orgullo en esto –le dije– y llame a Las Vegas, aunque sea para hacerme un favor.

Sonrió y se encogió de hombros. Bajé las escaleras sintiéndome molesto y resentido; no sabía por qué, en la misma forma que ignoraba por qué un hombre era capaz de morirse de hambre y vagabundear por las calles antes de empeñar su guardarropa. Era evidente que cualesquiera fueran los cánones de Terry, se atenía a ellos.

La valija era la cosa más fenomenal que yo hubiera visto en mi vida. Era de cuero de chanco y cuando nueva debió haber sido de color crema pálido. Las guarniciones y cerraduras eran de oro y estaba hecha en Inglaterra. Si uno pudiera comprarla aquí habría costado una suma que se acercaría mucho más a los ochocientos dólares que a los doscientos.

Se la puse en el suelo delante del sofá. Miré la botella que estaba sobre la mesa: no la había tocado. Estaba tan sobrio como yo. Fumaba, pero no parecía muy satisfecho.

–Hablé con Randy –me dijo–. Estaba resentido porque no lo llamé antes.

Saqué de mi billetera cinco billetes de veinte dólares y agregué, señalando la valija:

–¿Regalo de Sylvia?

Miró hacia la ventana y contestó:

–No, me la regalaron en Inglaterra, antes de que la conociera. Mucho tiempo antes. Me gustaría dejársela a usted si pudiera prestarme alguna maleta vieja.

Saqué de mi billetera cinco billetes de veinte dólares y los dejé caer frente a él.

–No necesito que me deje una garantía.

–Ésa no era mi idea. Usted no es un prestamista. Simplemente no quiero llevarla a Las Vegas. Y no necesito esta cantidad de dinero.

–Muy bien. Guárdese el dinero y yo me quedo con la valija. Pero esta casa es fácil de robar.